

DOCUMENTOS INÉDITOS SOBRE SAN MARTÍN

Por JAIMORNER

MUCHAS biografías, noveladas y fantásticas, se han escrito últimamente del General San Martín. Se han impresionado películas. Muchas versiones, historias y fábulas. Por ello, cobra singular interés el hallazgo en España de numerosos documentos relacionados con la vida de D. José de San Martín.

Es un relato totalmente inédito, histórico y anecdótico de la vida de "el hombre más brillante de América". Toda la vida del General, desde la llegada de sus padres a España; su juventud enfermiza, su actuación como soldado, la narración de los hechos curiosos y el carácter de San Martín. Incluso su vida sentimental, tan hermosa, que constituye un digno parangón de su vida militar. El relato contiene todos sus pensamientos y sus ideas, recogidas pacientemente por el capitán Graña.

Pero, ¿quién fué el capitán Graña? Fué el hombre de confianza del General San Martín. Se conocieron un año antes de la batalla de Bailén, cuando Graña era sargento y el futuro general estaba a las órdenes de Compiègne. Desde entonces, Graña no abandonó al *Libertador* (atención: esta denominación de *Libertador* la hubiera repudiado el propio San Martín, según se desprende de los documentos encontrados; debe llamarse *Emancipador*); juntos, San Martín y Graña, vivieron en España; en Francia y en América compartieron todos los azares.

San Martín nunca quiso escribir su propia historia. Pero se la confió al capitán Graña, que la vertió al papel, con su letra minuciosa y apretada. Sesenta y ocho folios de papel de fina, corroidos algunos por el tiempo, amarillentos, con algunos párrafos incompletos... Están escritos con tinta roja, ya algo desvaída.

Justificación del relato

En una de estas hojas encontramos una especie de justificación del relato, que comienza así:

"Estando presos para cruzar la cordillera—escribe el capitán Graña—en nuestra empresa de emancipar a las naciones hermanas, el General San Martín me dice: "Recoge todos los papeles, y los que no nos sirvan rómpeles, conservando únicamente los más imprescindibles". Comencé a hacer lo ordenado por el General, encontrándome entre aquellos papeles un cuadernillo, y al hojearlo me encontré, asombrado, ante unos apuntes hechos por el padre del General, donde enseñaba la vida del niño desde el momento de nacer hasta su entrada en las filas del Ejército de España, a los doce años de edad. Surgió en mi mente la idea de la continuación de estas notas, y conociendo la modestia que caracterizaba a nuestro General, pensé en la estratagema de escribir sus recuerdos, sin que él tomara parte alguna en el caso."

Hoy todo este relato está en manos de D. Alfonso Graña Lope, descendiente de aquel capitán Graña que lo dejó escrito. ¿Cómo llegó a manos de su actual propietario la sensacional narración? Por una serie de afortunadas circunstancias novelescas que van enlazadas al propio albur del Sr. Graña. Actualmente, don Alfonso Graña Lope, ciego ya y un poco inclinado por los años y las tempestades de la vida, trabaja en Madrid sobre los papeles del General San Martín; ha reunido una copiosa documentación relacionada con él, de la cual destaca la narración que su antepasado dejó escrita.

Otra circunstancia novelesca

Don Alfonso Graña nació en España. Pero a los dos años sus padres lo llevaron a Argentina. Visitando en cierta ocasión Salta, en un viaje profesional—es arquitecto—, encontró una familia apellidada Graña. Al entrar en contacto con ella, llegó a descubrirse que él era el sobrino-nieto de aquellas dos damas, de más de ochenta años, que con tan a cordialidad de San Martín era el tío de aquel coronel Graña, padre de las dos damas de Salta. Estas poseían los documentos, y al confiarlos al arquitecto, un jovencito entonces, creyeron cumplir con un deber.

Pero no fué todo tan fácil. En cierta ocasión, D. Alfonso Graña Lope tuvo que realizar un viaje a Yacuiba, junto a la frontera boliviana. Llevó consigo un viejo baúl-cabina, al que tenía especial afecto, y dentro del cual introdujo los documentos. Habiendo caído enfermo de paludismo, confió los papeles a su peón de confianza. Pero al regresar a Yacuiba, el capataz de sus obras hizo saber a D. Alfonso que su peón de confianza, aquél que poseía los documentos, había muerto, mordido por una víbora, el día anterior.

No se encontraron los valiosos papeles, y la desesperación de D. Alfonso—fué siempre, desde pequeño, gran admirador del General San Martín—llegó al paroxismo. Revolvió el baúl, y nada encontró. Una vez restablecido, reemprendió sus viajes profesionales por toda Argentina, de este a oeste y de norte a sur; siempre le acompañaba aquel baúl, ya muy deteriorado por el uso, que nunca quiso abandonar.

En 1948 D. Alfonso regresó a España, para oír de los oftalmólogos españoles que su ceguera no tenía cura. Un día de invierno, en que faltaba leña en Madrid, la esposa del Sr. Graña le anunció que para llenar la carbonera sería preciso romper el baúl. El no quiso presenciar el sacrificio de aquel baúl, que le acompañaba desde su juventud. Después de haber oído unos hachazos, se presentó precipitadamente su hijo: —¡Papá! ¡Papá!... ¡Mira lo que he encontrado!

Eran los documentos. Habían aparecido entre las tapas del baúl. El Sr. Graña los conservó hasta ahora ocultos.

San Martín amaba a España

No faltan en España quienes consideran aún al General San Martín como un traidor. Sin embargo, estas palabras, extraídas del relato inédito del capitán Graña, confirman su amor a España:

"En el momento en que el bergantín se alejaba de la costa del Río de la Plata, cuadrado militarmente ante la borda, el General contempla lo que

sus ojos ya no ven; no se sabe si por sus lágrimas o mojados por la llovizna que lentamente cae del cielo. Me aproximé a él, diciéndole: "Mi General, ya no se ve América". Aferrándose a mi brazo, me dijo: "Parecería que el cielo quiere ayudarme en mi pena llorando por mí. Tres grandes amores tuve en mi vida: elevar la condición del humilde, servir a mi patria lealmente y mi amor a España. El primero no pude realizarlo; en mi patria no fuí comprendido y en España no se me quería. Voy al destierro, a morir lejos de mis grandes amores. Cúmplase la voluntad del Todopoderoso".

San Martín no luchó contra España. Sus palabras, pronunciadas el día antes de la batalla de San Lorenzo, dirigiéndose a sus soldados, entre los cuales hay un numeroso grupo de españoles, lo demuestran. Están recogidas en el relato del capitán Graña. Son éstas:

"No luchen contra España, sino contra aquellos malos españoles que, olvidando que esto es de todos, lo han cogido como heredad propia, no teniendo en cuenta las humanitarias y únicas leyes de los Reyes Católicos."

Se salvan lagunas biográficas

Muy densa es la relación del capitán Graña. Tan densa, quizás, como las lagunas que existen en todas las biografías hasta ahora conocidas del General. Pero quizás no tan densa ni tan copiosa como la serie de infundios e infidelidades históricas que se han aplicado a este hombre de grandes dotes militares, de gran inteligencia y de acrisolada honradez.

Dicen los biógrafos e historiadores que San Martín nació en Yapeyú, hijo de padres españoles (media mentira), y a los nueve años de edad se traslada con sus padres a la Península Ibérica, entrando a los doce años en un Colegio de Nobles (otra mentira). De su vida, militar nada dicen, hasta que lo ubican en la batalla de Bailén con el grado de comandante, y en la cual es ascendido a teniente coronel,

sin que ninguno de sus biógrafos nos aclare qué hechos fueron los que provocaron este ascenso y condecoración.

San Martín nació, en efecto, en Yapeyú. Su padre fué D. Juan de San Martín, militar español. Su madre, una hermosísima mestiza, hija de padre español y madre india. A los nueve años su padre decide embarcarse hacia España, en cumplimiento de una promesa hecha antes de que naciera su hijo primogénito, de consagrarle a Dios; pero como el muchacho demostraba escasa efición al estudio, decide incorporarlo a las filas del Ejército español, haciéndolo exactamente a los doce años de edad, bajo la protección de su buen amigo el entonces teniente D. Hermenegildo de la Graña. Con él se formó el carácter de aquel muchacho, que desde su ingreso en las filas comenzó a demostrar su gran capacidad para la carrera militar.

Por una serie de brillantes hechos, contenidos en estos relatos inéditos del capitán Graña, va ascendiendo hasta el grado de teniente coronel en la batalla de Bailén, en mérito a su heroica actuación en tres acciones de guerra, diferentes, en la misma batalla.

Por qué las patillas del general

He aquí, como un pequeño ejemplo, el estilo del capitán Graña al narrar su relación. Se refiere a un trozo de los recuerdos, aquel en que, disfrazado de oficial francés, fué descubierto y recibió una herida en el parietal, que disimuló durante toda su vida con las características patillas que se dejó crecer. Todo el relato parece una novela, una apasionante novela. Su mérito, sin embargo, es que todo esto ocurrió y nunca se supo hasta ahora:

"Después del plan convenido con el general Cas-años, el comandante San Martín y el capitán Ruiz, vestidos con la ropa de pastores, marchan en jornadas forzadas hacia Bailén, procurando distanciarse lo más posible de los ejércitos españoles. El día 10 de agosto de 1808 San Martín y Ruiz llegan a las afueras de Bailén, apéandose ante un ventorro cuyo dueño, apodado *el Jacata*, había sido fusilado por las tropas francesas al tomarlo prisionero, creyéndolo espía de las tropas españolas. Su viuda, y una hija llamada Margarita, de veinte años, reciben alegremente y con los brazos abiertos a su antiguo amigo, que en aquel entonces era capitán y hoy, después de cuatro años, luce los galones de comandante. Beben un vaso de vino, mientras la viuda le cuenta, ante la desagradable sorpresa de San Martín, de que el general Vedel, con cerca de cuatro mil hombres, está fuertemente atrincherado en el pueblo de Bailén. Hecho tal destruye y echa por tierra todos los planos preconcebidos por el general Castaños y su Estado Mayor.

Aquella noche en Bailén

"Aquella noche San Martín visita a sus amigos, vecinos del pueblo, y confiando a un amigo, lo envía a comunicar a Castaños la desagradable noticia. Al día siguiente, por la tarde, San Martín piensa introducirse en el pueblo de Bailén y procurar ponerse en contacto con las tropas francesas. Al salir del ventorro él y el capitán Ruiz son casi atropellados por

un teniente de dragones franceses, que entra gritando:

"—¡Vino! ¡Vino! ¡Vino!

"Mientras se aproxima al mostrador, San Martín, con aquella rápida intuición, don maravilloso de estrategia, hace señas a Ruiz, indicándole al teniente, y sacando su nava'a, como lo mismo Ruiz, coge fuertemente del brazo al dragón, haciendo brillar ante los asombrados ojos de éste el acero de su sevillana. Ruiz rápidamente lo ha maniatado y lo introduce en la trastienda, donde piensan interpellarlo. Tienen que darse vuelta ante un grito dicho en francés; dos soldados dragones que acompañan a su jefe han visto la escena anterior y entran con el sable desenvainado, tratando de salvar a su jefe. San Martín desenvaina el sable del oficial dragón, haciendo frente valientemente a los dos soldados, que han cargado sobre Ruiz, resistiendo los embates de ambos sin poder contar con la ayuda de su compañero, que yace en el suelo con la cabeza ensangrentada de un sablazo.

"La situación de San Martín es cada vez más angustiosa. No encuentra el momento decisivo, a pesar de su maestría en el manejo del sable, de deshacerse de alguno de aquellos demonios, que lo acosan con rabia y furore. Cuando más difícil se torna la situación, entra como un bóldido un hombre, que, cogiendo un taburete del suelo, lo estrella sobre la cabeza de uno de los soldados franceses, que cae al suelo gimiendo, mientras el sable de San Martín atraviesa de parte a parte al otro dragón."

San Martín, «dragón» francés

Sigue de esta forma el relato del capitán Graña: Los cuerpos de los soldados franceses pasan a la trastienda. El oficial francés explica a San Martín la misión que le llevaba al general Vedel: el mariscal Dupont ordena a Vedel hacerse fuerte en Bailén y no abandonar bajo ningún pretexto la posición. San Martín ordena a las gentes del ventorro custodiar bien al

prisionero. Más tarde San Martín se dirige al Cuartel General de Vedel, haciéndose pasar por el oficial francés. El capitán Graña prosigue así:

"El capitán de guardia, enterado de las órdenes que trae del general Dupont, le indica le siga. Penetran en una habitación y el capitán francés, desenvainando rápidamente su sable, cosa que imita San Martín preveyendo una celada, le dice en francés:

"—Tú no eres quien dices. Casualmente él era amigo mío. Entrégame, pues, tu sable, y ríndete.

"Sin contestar una palabra, San Martín se pone en guardia, comprendiendo que en su decisión está su salvación, atacando decididamente al francés, que es un espadachín. Poco a poco, San Martín le va arrinconando contra la pared, pero al parar un mandoble en quinta, la punta del sable del francés roza su frente y le hace un fuerte corte en el parietal derecho. Aprovecha San Martín una indecisión del francés para atravesarle de parte a parte, y que le hace caer muerto al suelo al francés.

"Nadie se dió cuenta. San Martín corre por el patio en dirección a un grupo de oficiales que se ve al fondo.

"Ante el general francés—prosigue el capitán Graña—, le indica ejecute rápidamente lo ordenado por Dupont, y al inquirir Vedel la causa de la sangre que se ve en su cara, San Martín le contesta:

"—Los causantes de esto ya pagaron sus cuentas. Mi misión es volver ante Dupont y transmitirle vuestra conformidad en abandonar Bailén.

"Prométele así Vedel, aunque de mala gana:

"—Decídselo así al Mariscal. Esta misma tarde abandonaremos el pueblo para dirigirnos a cubrir la entrada de la Sierra."

Este gesto de San Martín, el cual no se conocía, fué uno de los eslabones más fuertes, casi pudiera decirse el principal, del primer gran triunfo que obtuvieron las tropas españolas sobre Napoleón. Ahí ha quedado una muestra del estilo del capitán Graña. Pero, claro, no es el estilo lo más nuevo del relato. Son, justamente, los cientos de frases del General San Martín, recogidas en su pureza y exacta intención.

Uno de los infundios mayores lanzados contra San Martín ha sido el decir que era un gran masón y que la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata se debió a la ayuda de la masonería, principalmente a la logia Lautaro. Según la Historia argentina, durante las invasiones inglesas se formaron regimientos de patricios, gallegos, arriberos y negros, pero nadie dijo jamás que se organizaran regimientos de masones para ayudar a los patriotas. De la relación del capitán Graña se desprende que el General San Martín nunca pudo ser masón.

En una de sus frases, dirigiéndose a su ayudante, Alfonso de la Graña, dice San Martín:

"—Deja que los hombres sacien su maldad en mí; yo lo ofrezco al Todopoderoso en procura de la salvación de mi alma."

Como si presintiera "el Emancipador" cuántas leyendas se forjarían sobre él. Esta relación del capitán Graña, hallada ahora en España, restablece la verdad.

